

PUEBLOS DE LA BIBLIA Y PUEBLOS INDIOS DE HOY

Una reflexión de fe para servidores de los pueblos indígenas¹

Eleazar López Hernández
Cenami. México. 1996

Contextualización

Como Lázaro, después de cuatro días de muerto y enterrado, los pueblos indios de México y de todo el Continente han emergido recientemente de su tumba centenaria, con la lozanía y pujanza de un resucitado. Quienes los llevaron a la tumba y hubieran querido mantenerlos para siempre en ese estado se han quedado estupefactos ante el hecho y su reacción ahora es no sólo devolverlos a la tumba sino incluir también en ella a quienes, en la óptica de estos enterradores de indios, osaron resucitarlos. Los modernos doctores de la Ley y los fariseos de siempre se rasgan hipócritamente las vestiduras ante lo que ellos consideran blasfemia del pobre, que se ha puesto en pie, subvertiendo el sacrosanto orden establecido por el sistema, y atreviéndose a levantar la voz para condenar a la sociedad injusta y exigir la construcción de un futuro nuevo para todos.

En el pasado colonial, algunos dirigentes de la sociedad y de la Iglesia pretendieron formar cuadros directivos indios en el Seminario Indígena de la Santa Cruz de Tlatelolco (1535-1575), sin pretender cambiar de fondo los esquemas coloniales, y, evidentemente, llegó el momento en que esos indios formados

pusieron en evidencia la falacia del orden colonial y exigieron transformaciones profundas y audaces. Lo que llevó a los dueños del sistema a la conclusión de que había que cerrar la experiencia de Tlatelolco porque no se necesitaban indios crecidos, sino indios infantilizados o sumisos que funcionaran para bien de la sociedad y de la Iglesia.

Hoy quienes, desde el poder, perciben la fuerza de la voz indígena al exigir sus derechos, en vez de captar esa voz como signo de los tiempos avalado por el mismo Dios, preguntan más bien por quienes ellos consideran manipuladores ideológicos de tales indios. El prejuicio racial de los poderosos los hace afirmar, sin base probatoria, que los indios no pueden decir, por sí mismos, lo que están diciendo. A partir de un etnocentrismo discriminador, esos poderosos siguen creyendo que los indígenas son incapaces de pensar y actuar por sí mismos. Por eso su explicación de los hechos recientes es que seguramente hay, detrás de los indios, extranjeros profesionales de la ideología, antropólogos y pseudoteólogos que son quienes, por intereses inconfesables, lanzan a los indios al ruedo con exigencias imposibles de cumplir, impidiendo así que se integren a las bondades de la sociedad y de la Iglesia. De modo que, en esta

¹ Esta reflexión fué hecha colectivamente en ocasión de la III Asamblea Diocesana de la Iglesia Tarahumara, llevada a cabo en Sisoguichi, Chih. México del 1 al 4 de mayo de 1996.

perspectiva, no es el sistema el que está mal ni los *pobres indígenas*, sino los manipuladores de los indios. Y es a éstos a quienes habría que llevar a la hoguera y *santo remedio* como se dice popularmente.

Con afirmaciones de esta naturaleza, hechas desde la esfera del poder, nos damos cuenta de qué difícil resulta modificar no sólo la realidad indígena en su estructura, sino también las actitudes colonialistas con las que abordan los dirigentes esta realidad. Sin embargo habrá que intentarlo venciendo poco a poco complejos y prejuicios para ir poniendo los cimientos de un mundo nuevo más humano y más acorde con el plan de Dios.

Es lo que quisiera motivar para que colectivamente nos pongamos en camino de descubrir, adorar y escuchar al Dios de la vida presente en nuestra historia de hoy:

"El Maestro está aquí y te llama" (Juan 11,28)

Es la frase que le dijo Marta a María, en el momento más trágico de la historia familiar: Lázaro, el hermano de ambas, aquel cuyo nombre ("*Dios es mi fortaleza*") encerraba la esperanza que el pobre tiene contra toda esperanza; aquel que había merecido el título de "*amigo*" de Jesús (Juan 11,11), "*el que tú amas, Señor*" (11, 3), llevaba ya cuatro días en la tumba. Y esa tumba de Lázaro podía convertirse también en la tumba de la fe de Marta y María; pues la angustia provocada por la desaparición del hermano, hacía surgir espontáneo en ellas el reclamo teológico radical: "*Si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto*" (11,22. 32), y en los observadores sin fe la crítica mordaz: "*Si pudo (Jesús) abrir los ojos al ciego, bien podría haber hecho algo para que Lázaro no muriera*" (11, 37).

En circunstancias similares asistimos hoy impotentes a los funerales, largamente preparados por el sistema, de los hermanos indígenas de las sierras, montañas y valles; así como de los pobres en toda la sociedad. El proyecto neoliberal, con su carga de pragmatismo cínico, los ha excluido de la casa y los destina de hecho a la extinción como pueblos y como personas. Son, en la mente de los constructores del neoliberalismo, la población sobrante, los desechables, *la hoja suelta del árbol, la escalerilla de tablas, el excremento de los poderosos*, como bien lo definió Juan Diego en 1531 ante la Virgen de Guadalupe (cfr. Nican Mopohua).

Frente esta realidad de la macroeconomía que descorazona hasta los espíritus más fuertes, también en muchos de nosotros, indígenas o servidores pastorales de los pueblos indios, bulle el cuestionamiento radical al Dueño de la historia: "*Si hubieras estado aquí...*" estas cosas no sucederían. Al verlo aparentemente dormido en la proa del barco, mientras los vientos huracanados amenazan con hundir la embarcación, también nosotros podríamos dirigirle el reproche de los discípulos: "*Maestro, ¿no te importa que nos hundamos*" (Marcos 4, 38). Estos reclamos son perfectamente explicables, porque la muerte prematura del inocente o las situaciones límites a que está sometido el pobre no pueden dejar indiferentes a los servidores del pueblo. Sin embargo, como personas de fe, consagradas a la causa del Reino, hemos de añadir inmediatamente como Marta: "*Pero aún ahora, Señor, yo sé que cualquier cosa que le pidas a Dios, Dios te la dará*" (Juan 11,22).

Y el Señor está dispuesto a decir a cada uno de nosotros como a Marta y a María: "*¿No te he dicho que si crees, vas a*

ver la gloria de Dios" (Juan 11,39). Esta situación límite de dolor y angustia existencial no es para la muerte del pueblo sino para la gloria de Dios. Por eso tenemos que renovar nuestra fe y esperanza. No podemos ser hombres y mujeres que regresan desesperanzados, pesimistas, fatalistas a Emaús, después de asistir al Calvario.

El Espíritu de Dios, por boca de infinidad de hermanos y amigos de la causa india, nos hace hoy la confidencia: *"El Maestro está aquí y te llama"*.

Tenemos que ir en su búsqueda para estar en su casa, para nutrirnos de su presencia. Tenemos que hacer silencio en el corazón, y experimentar el desierto para captar nítidamente la voz del Señor que nos habla desde esta realidad; porque El no está lejos de su pueblo, pues se halla comprometido con él mucho antes que los misioneros o agentes de pastoral lo hicieran. El conoce el sufrimiento del pobre y llora por aquel a quien tanto ama, mucho antes que nosotros lo hiciéramos. *"¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre, no estás acaso en mi regazo?..."* dijo la Virgen de Guadalupe a Juan Diego en el Tepeyac (cfr. Nican Mopohua).

Como Moisés en el Horeb, y como los profetas de todos los tiempos, los servidores de los pueblos indígenas de hoy hemos de decirle a Dios, en actitud de contemplación y de escucha humilde: *"Heme aquí..."* (Ex. 3,5); *"Habla, Señor, que tu siervo escucha"* (1Sam. 3,10); *"Aquí me tienes, Señor, envíame"* (Isaías 6,8).

El Paradigma de Moisés

En la experiencia de fe de Moisés en el Exodo está reflejada paradigmáticamente la experiencia de quienes nos hemos puesto al servicio de nuestros pueblos, que se hallan

arrinconados en la historia no por propia decisión, sino por la maldad de un sistema injusto. Examinemos esa experiencia mosaica y saquemos nuestras conclusiones para estos tiempos.

"Moisés cuidaba las ovejas de Jetró, su suegro, sacerdote de Madián" (Ex. 3,1a).

Recordemos quién era Moisés y por qué estaba en el desierto. Ciertamente él era un hombre privilegiado de ciudad. Había sido recogido, educado y protegido en el palacio del Faraón, tratado como hijo de él (cfr. Ex. 2,10). Siendo de clase alta ninguna necesidad tenía de inmiscuirse en la problemática de los pobres. Pero un día, al visitar y comprobar los penosos trabajos que pasa el pueblo (Ex. 2,11), cambió su corazón, se convirtió y optó por sus hermanos. Como consecuencia se metió en problemas por querer defenderlos y tuvo que dejar las comodidades del sistema. Abandonó el palacio y se fué a vivir al desierto en medio de los marginados o excluidos de la sociedad de entonces. Se hizo uno de ellos, asumiendo vitalmente como su propia causa la causa de los pueblos del desierto: se casó con la hija de un ovejero y se quedó a cuidar el rebaño de Jetró, su suegro.

Esto es precisamente lo que pasa hoy con la mayoría de los agentes de pastoral de las zonas indígenas. No son de aquí y los que aquí nacimos somos también, de muchas maneras pero principalmente por nuestro proceso de formación, hijos privilegiados de la ciudad. Y un día tomamos conciencia de la realidad de dolor de nuestros hermanos indígenas y optamos, temporal o definitivamente, por decisión propia o a petición de otras personas, a venir a cuidar el rebaño del Señor en estos desiertos. Aquí estamos y aquí tenemos que dar fruto. El dueño de las ovejas

vendrá por los resultados. No debemos olvidarlo.

"Una vez llevó (Moisés) las ovejas muy lejos en el desierto y llegó al cerro del Horeb, esto es, el Cerro de Dios" (Ex. 3,1b).

El trabajo pastoril es de suyo pesado y difícil para cualquiera y con más razón cuando se tiene que realizar en el desierto siendo un *catrín* de la ciudad venido al campo. Podemos imaginarnos las penalidades de Moisés para cumplir con su tarea pastoral, precisamente, porque nosotros tenemos la misma experiencia de él en estos lugares. Y como él, quizá conocemos algo de la realidad del pueblo pero de alguna manera todavía distante, como realidad ajena a nuestra identidad personal. Seguramente no hemos ido tan lejos con el rebaño en el desierto hasta el grado de *llegar al cerro de Dios* con ellos. No hemos hecho la experiencia de Dios en su mundo. No hemos conocido el mismo Dios que nuestro pueblo conoce. Por eso, aunque sabemos de su dolor, no necesariamente conocemos también su esperanza.

Hoy, en las situaciones límites en que vive el pueblo en el desierto, es decir, cuando está en juego su vida y su muerte, tenemos la posibilidad de llegar al Horeb indígena y sumergirnos en el misterio de Dios al modo de nuestra gente, tal como lo hizo Moisés con los pueblos nómadas y pastoriles. Eso debiera ser parte de la inculturación misionera. Los signos de los tiempos nos convocan a hacer entre los pueblos indígenas nuestra experiencia profunda de Dios. Para que cuando nos pregunten: ¿Dónde está tu Dios? respondamos con seguridad: Aquí está el Señor y nos llama a su servicio.

"El Angel de Yavé se presentó a él bajo las apariencias de una llama ardiente, en medio de una zarza" (Ex. 3, 2a).

¡Cuánto contenido simbólico se halla aquí contenido! Moisés descubre a Dios al contemplar la zarza ardiendo. La zarza es casi la única planta que puede vivir en el desierto. Por eso es el símbolo de los pueblos nómadas y pastoriles, y, en ese sentido, de los pobres en general. Pero para los poderosos de la ciudad, la zarza no es más que basura que hay que llevar a la *gehena*, al fuego. Por lo tanto, que la zarza se quemara no es fortuito sino decisión del sistema, que no quiere "basura" que le afeé su imagen. En este contexto hablar de zarza ardiendo es indicar la situación límite a que se somete al pueblo.

Lo que a diario vemos en la realidad nos manifiesta esa situación de angustia a que el pueblo está sometido no por accidente del destino sino por decisiones tomadas a ciencia y conciencia por quienes detentan el poder. El proyecto neoliberal que se implementa en México y en los demás países pobres contempla la inclusión en su seno a no más del 30% de la población (la más cualificada y productiva, según sus parámetros). El resto, que abarca indígenas, campesinos, negros y mestizos, es población sobrante. No interesa para los fines de la macroeconomía. En consecuencia se actúa frente a ella de la misma manera que se actúa frente a la basura de la sociedad.

"Moisés vio que la zarza ardía, pero no se consumía. Moisés se dijo: 'voy a mirar más de cerca esta cosa asombrosa, para saber por qué la zarza no se consume'" (Ex. 3,2b.3).

He aquí el punto de partida de la experiencia teológica de Moisés. El no llega al conocimiento de Yavé sólo por ver que la zarza arde (análisis estructural de la realidad). Porque eso es lo que el sistema quiere. Eso es fruto del pecado. El análisis estructural de la sociedad da por resultado la comprensión del sistema, pero no necesariamente del pueblo.

El asombro de Moisés viene del hecho de que la zarza, a la que se ha puesto fuego intencionadamente, no se consume a pesar de la lumbre. Eso es lo que llama su atención y lo que él desea ver más de cerca. Y cuando descubre por qué es así, entonces se topa con Dios que es quien sostiene la vida del pobre y hace añicos los planes de los poderosos.

Es lo que está sucediendo en los tiempos actuales: el sistema ha decretado la muerte de los pobres y ha encendido hogueras de intolerancia, xenofobia, racismo, ajuste estructural, globalización de la economía, privatización, corrupción, control natal y múltiples formas más, para ejecutar sus decisiones. Las hogueras están a toda su capacidad, pero la zarza no se consume. Es lo que la lógica humana no puede comprender. Los pobres tienen una resistencia que sólo es explicable porque Dios está en su lucha.

"Yavé vió que Moisés se acercaba para mirar y Dios lo llamó de en medio de la zarza: 'Moisés, Moisés'. El respondió: 'Aquí estoy'. Yavé le dijo: No te acerques más. Sácate tus sandalias porque el lugar que pisas es tierra sagrada" (Ex. 3, 4-5).

Llegar a percatarse de que Dios es quien sostiene la vida del pueblo y dejarse interpelar por esta gran verdad exige purificación de parte del interpelado. No debe ir más allá del primer impacto sin antes despojarse de las sandalias, esto es,

de aquellas cosas que le impiden tener un encuentro directo con la intimidad sagrada del pueblo. Tiene que estar en condiciones de pisar con los pies desnudos, es decir, con la simplicidad de un alma auténtica, esa tierra que es sagrada. En el Nuevo Testamento Jesús habla de no llevar para el camino *ni bastón, ni pan, ni alforja, ni calderilla en la faja... ni dos túnicas* (cfr. Marcos 6,8). Las preocupaciones adicionales a la vida sencilla complican y dificultan el encuentro humano y divino.

También se habla, en el caso de Pablo, de que este despojo a veces lo tiene que hacer Dios de modo violento: por ejemplo con la caída del caballo y el enceguecimiento de los ojos para lograr de los orgullosos y poderosos una *kénosis* o anonadamiento que el Verbo y los pobres asumen, de suyo, gustosamente. Porque, para éstos, asumir la carne del pueblo significa también asumir la fuerza que dinamiza esta carne: es decir la fuerza de la cultura y de la fe del pueblo, que es lo que ahora se llama el *factor C* (cultura, comunidad, culto).

"Yo soy el Dios de tus padres... He visto la humillación de mi pueblo en Egipto, y he escuchado sus gritos cuando lo maltratan sus mayordomos. Yo conozco sus sufrimientos" (Ex. 3,6.7).

Independientemente de si Moisés era o no de la sangre de Abraham y de los patriarcas, él ya había sido sacado de las aguas del sistema y había hecho una primera opción de fraternidad por los esclavos de Egipto identificados con Abraham. Y su exilio en el desierto lo había hermanado igualmente con los pueblos nómadas. Ahora su misión era crear el marco teológico necesario para hermanar a ambos pueblos.

La experiencia religiosa de Moisés en el Horeb (lugar de los nómadas) lo llevó a encontrarse con el *Dios de sus padres*, es decir, de los padres de aquellos a quienes él hizo sus primeros hermanos en Egipto. Y es que, a final de cuentas, la diversidad cultural y religiosa, cuando es auténtica, no conduce a otro sino al mismo y único Dios de todos los pueblos. Y este Dios, cuyo nombre conocerá Moisés después como *Yavé* (Yo Soy el que Soy), tiene la capacidad de incluir a todas las denominaciones de Dios, porque El es Elohim (Dioses). Y este Yavé Elohim no es ajeno a la problemática humana: *ve, oye y conoce* los sufrimientos del pueblo en Egipto (cfr. Ex. 3,7).

Egipto es en ese tiempo el símbolo del proyecto global de dominación, que Moisés conoce perfectamente, por haber vivido dentro de él. En consecuencia la perspectiva macroestructural de Yavé y de Moisés empatan exactamente. Se da una coincidencia en el sentido de que no basta ver la realidad reducida del desierto y, en base a ella, plantear un proyecto restringido de liberación de los pueblos nómadas. Más bien desde la exclusión más extrema, manifestada en el desierto, hay que mirar el conjunto de la sociedad, y para eso hay que ir hasta Egipto. Porque ahí es donde está la verdadera raíz de los problemas del pueblo y hacer un planteamiento que incluya a todos los pobres. Moisés lo entiende inmediatamente, porque su formación amplia y pluricultural lo ha capacitado para ello. Y ese será precisamente su aporte en el proceso de formación del antiguo pueblo de Dios².

Por eso el planteamiento de liberación que Moisés percibe venido de Yavé no es primordialmente para los más excluidos del sistema: los pueblos del desierto, que ya habían aprendido a sobrevivir en la exclusión. Más bien, desde estos pueblos periféricos Moisés toma conciencia de un planteamiento de liberación que es para todos los pobres del sistema, y que ha de ejecutarse yendo al rescate de los se hallan en los centros de poder.

Esto es exactamente lo que sucede ahora en las zonas indígenas. Desde esta periferia de la macroeconomía, los pueblos indígenas están planteando un proyecto de vida pensado por todos y para todos los pobres. No están pidiendo para sí nada, sino *todo para todos*. Porque el problema fundamental a resolver no está en la miseria y postración en que se halla los pobres, sino en la estructura de la sociedad que da origen a esta miseria y postración de sus miembros. No se resolvería nada si el sistema simplemente llegara a establecer que los pueblos indios vivan sus derechos colectivos como mejor les plazca, es decir, si sólo legislara sobre la autonomía indígena, sin cambiar de raíz la estructura social. Porque o se cambia el conjunto o no se resuelve nada.

Esta percepción crítica surge al profundizar los indígenas y sus servidores la experiencia de la marginación y de la exclusión en el desierto. Es ahí donde captamos mejor las complejidades y obscuridades del sistema, y, por lo mismo, nos preparamos a hacer propuestas globales, desde la óptica indígena. Es ahí donde damos, como Moisés y como Pablo de Tarso, nuestro aporte ampliado al caminar de nuestros pueblos.

² La experiencia de Moisés se repite en el Nuevo Testamento a través de Pablo de Tarso, cuya formación pluricultural (pues era judío de nacimiento, romano por naturalización y griego por formación) lo hizo apto para abrir la Iglesia a la pluralidad de las naciones.

"He bajado para librarlo del poder de los egipcios y para hacerlo subir de aquí a un país grande y fértil, a una tierra que mana leche y miel" (Ex. 3,8).

Yavé, el Dios de los pobres del desierto y ahora también de la ciudad, no se siente a gusto con la opresión y la injusticia. El tiene un proyecto de vida y de libertad para sus hijos. Proyecto que implica liberación de Egipto, pero también construcción en el desierto, de los ideales y utopías de los pobres. Y aquí es donde Moisés hace el servicio de transferir a los esclavos de Egipto, que han sido despojados incluso de sus sueños colectivos, la utopía de la "tierra que mana leche y miel", que es propio de los pueblos nómadas. El sabía que no bastaba salir de Egipto para ser un pueblo. Hacía falta asumir un proyecto común de vida. Y este proyecto vino del desierto. Moisés fué quien hizo posible su transferencia a los pobres de la ciudad.

Es inconfundible la marca que los pueblos del desierto dejaron impresas en la configuración de la identidad, mística y espiritualidad del pueblo de Dios en la Biblia, no sólo en el AT, sino también en el NT. Veamos tan sólo algunos ejemplos: El gran paradigma de liberación, que es la salida de Egipto, se sella litúrgicamente, con el ritual del cordero pascual, que era costumbre inveterada del desierto. Los líderes políticos del pueblo elegido, aún cuando llegaron a ser reyes, siguieron llamándose "pastores", como si continuaran en el desierto. Jesús se presenta como "el Buen Pastor" y sus apóstoles deben ser pastores como El. La Nueva Alianza se sella con la sangre de Cristo, muerto en la cruz como el nuevo Cordero Pascual. Hoy celebramos la Pascua, igual que los nómadas del desierto, y nuestro servicio eclesial lo seguimos llamando *acción*

pastoral. De modo que la perspectiva de los pobres del desierto, -perspectiva que seguramente los más letrados considerarían primitiva-, sigue siendo el paradigma más socorrido para la comprensión del planteamiento cristiano.

Por éso no es casual que Yavé le haya dicho a Moisés en la hierofanía del Horeb: *"Esta será la señal de que yo te envío: Cuando hayas sacado al pueblo de Egipto daréis culto a Dios en este monte"* (Ex. 3,12).

Eso está pasando hoy en medio de la crisis que nos agobia. Los pueblos indígenas, tradicionalmente ignorados o incluso negados por los demás pobres de la ciudad o del campo, están compartiendo ahora con todos sus utopías ancestrales de vida. Y con ello les están comunicando la energía más poderosa del mundo: la fe y la esperanza en un futuro mejor. Y esta comunicación y comunión de bienes culturales y espirituales se realiza gracias a la acción de los modernos Moiseses o servidores múltiples del pueblos, donde están contados los agentes de pastoral indígena. Son ellos los que han hecho posible la transferencia y circulación de los valores indígenas dentro de la sociedad, no como curiosidad folclórica o turística, sino como bienes necesarios para la supervivencia de la humanidad.

Los cristianos creemos en la fuerza venida del espíritu humano contenido en el corazón de las culturas, pero pensamos que a esta fuerza hay que unir la energía inquebrantable del Evangelio, que en parte viene de fuera y en parte está ya sembrada en nuestros pueblos. Esta doble energía, que no se contraponen, sino que se complementa, hará que el poder de los pobres llegue a tener una capacidad que supera toda lógica humana. La Virgen María nos lo recuerda: *"El Señor hizo en mí maravillas... porque se fijó en la*

insignificancia de su esclava.." (Lucas 1,49.47). Y la razón es porque *"la locura de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres y la debilidad de Dios es mucho más fuerte que la fuerza de los hombres"* (1Cor. 1,25).

Nosotros somos conscientes, como los apóstoles, de: que al *no tener oro ni plata*, no estamos en condiciones de competir con el sistema en su misma lógica, pero tenemos algo que supera la fuerza del sistema: *el poder del Resucitado*. Y es lo que comunicamos a nuestros hermanos con humildad y convicción (cfr. Hechos 3, 6).

"Ve, pues, yo te envío a Faraón para que saques de Egipto a mi pueblo" (Ex. 3,10).

Hacer la experiencia de encontrar a Dios en el desierto, es decir, desde y con el pueblo excluido, no nos puede dejar tranquilos. El Señor, inmediatamente después que nos descubre su visión de las cosas y su designio de salvación, nos pide nuestra colaboración activa para hacer realidad ese proyecto. Estar con Dios en la oración y contemplación de sus designios es fundamental, pero no podemos quedarnos embelesados en mirarlo o en dar vueltas a su palabra (cfr. Lucas 9,33), sino estar dispuestos a ser enviados para hacer realidad su mandato en el mundo. No es posible ser hombres y mujeres de Dios si no estamos dispuestos a llevar a la práctica su voluntad. Pues *no todo el que dice: 'Señor, Señor' entrará en el Reino de los cielos; sino el que cumple la voluntad de mi Padre celestial* (Mateo 7,21).

Conclusión

La tarea que a los indígenas y sus servidores pastorales nos asigna hoy el Señor de la historia puede ser

terriblemente desproporcionada a nuestras fuerzas en la lógica del poder en el mundo, como lo comprobó Moisés; pero afortunadamente para nosotros la lógica de Dios se guía por otros parámetros. Además *sabemos en Quien hemos puesto nuestra confianza y en Su nombre echamos una y otra vez las redes*, seguros de que *cielo y tierra pasarán pero sus palabras*, dichas a nuestros antepasados y reiteradas a nosotros en los momentos actuales, *no pasarán*, es decir, no dejarán de cumplirse (cfr. Mateo 24,35) para gloria de Dios y confusión del Maligno.